

mas que con cuantas otras grandes empresas hayan acometido sus sucesores en el trono de Inglaterra; pero las cenizas del grande Eduardo no reposan en el lugar que piden sus creencias: el católico de corazón obedeció la voz del Príncipe de los pastores, y puso todo su conato en propagar y defender la fe que nos une á Roma, y por la que murió mártir uno de sus abuelos. Si un soplo vital, me decia á mí mismo, animando estas frias cenizas, permitiese que Eduardo se alzase de la tumba, ¡cuál seria su indignacion al encontrar su sepulcro entredicho de esa fe y rodeado por los que rompen su unidad y condenan su doctrina!

Me paseaba observando algunas de las tumbas antiquísimas que se ven en las naves, cuando los beneficiados de la iglesia principiaron los oficios que llaman *el servicio*: el canto coral, ejecutado por muchachos, me pareció bien, la devocion de los canónigos armonizaba con su fisonomía mundana, y los asistentes eran tan escasos que en dos minutos pudieran contarse fácilmente.

Los claustros de Westminster, que tres siglos atras sirvieron de asilo á las virtudes y á las letras, ahora están ocupados por las mujeres y los hijos de los clérigos empleados en la iglesia. Las letras salieron de allí al mismo tiempo que el silencio, y el retiro y las virtudes huyeron perseguidos por los que á la augusta dignidad del sacerdocio unieron la incontinencia y las costumbres del siglo.



## CAPÍTULO XII.

El espectáculo de la época. — Realidades. — ¿Dónde está el elemento salvador? — El clero anglicano. — Su estado actual. — Es un servidor del poder civil. — La convencion. — Sus escisiones. — Inaccion completa. — ¿En qué se ocupa? — Sociedad bíblica y sus trabajos de propaganda. — Conversiones ruidosas al protestantismo. — Achili, Gavazzi y los revolucionarios de Italia. — Consecuencias.

En el siglo de las revoluciones se ha querido recomendar como espectáculo consolador para la sociedad minada y próxima á hundirse el que ofrecen los países de Europa dominados por la influencia protestante. « En un período de pruebas, se ha dicho, y quizá de inmensas desgracias, los Estados cuyas instituciones liberales les acarrearón fortuna y prosperidad, son los únicos que cuentan con recursos propios para hacer frente durante un largo tiempo á los peligros, y estos son los Estados protestantes, ó los de la escuela liberal católica, que no inspiran ménos aversion á la Santa Sede que el mismo protestantismo. » Juzgando superficialmente sobre el estado de Inglaterra, pareciera quizá justificable este dicho de un protestante, y repetido hasta el fastidio por otros de su misma comunión; mas en un siglo donde á la vez que la revolucion social se predica la libertad de pensar, en un siglo en que se tiene á ménos adherirse al juicio de otros, siempre que este no esté conforme con la conciencia formada por el propio convencimiento, en un siglo en que nada valen las teorías sino en cuanto se armonizan con lo positivo, en cuanto descansan sobre la realidad; considerada bajo este influjo, es tan absurda como quimérica aquella auréola que se pretende

colocar sobre la frente del protestantismo anglicano y del socialismo rojo de la Suiza y del Piamonte. Si la Inglaterra se ha salvado hasta aquí de ser trabajada por el socialismo de un modo tan rápido como otros países católicos, lo debe á sus leyes y á sus antiguas instituciones, que no son ciertamente obra de que pueda gloriarse el protestantismo. Pero también es cierto que á la sombra de estas leyes, no modificadas ni alteradas como pudieran exigirlo las circunstancias de las épocas diversas que atraviesan las naciones, fácil es ver formarse los elementos que la trabajaran mas tarde hasta postrarla.

Unas masas sumidas en vergonzosa ignorancia, carcomidas por la inmoralidad, hambrientas á causa de su miseria, y sin freno alguno en la conciencia que pueda contener á los individuos que las componen, no son elemento á propósito para hacer frente á los peligros del socialismo revolucionario, ni lo es tampoco un pueblo á quien no anima otro espíritu que el interes individual, y ante cuya opinion la felicidad del hombre social consiste en las riquezas que ponen á su disposicion los medios para procurarse los goces materiales. ¿Dónde pues iremos á encontrar ese elemento salvador cuya eficacia tanto preconizan los escritores protestantes? ¿Lo hallaremos en el clero? ¿lo hallaremos en la aristocracia? ¿ó lo hallaremos en la fe y en la conciencia de la nacion? Vamos á examinarlo.

El clero anglicano, tal como hoy existe, hablando con propiedad, no es mas que un simple servidor del poder civil: este nombra los individuos que forman su jerarquía, les paga con rentas de la nacion, y les liga por un juramento á serle perpetuamente fieles, reconociendo en él la única suprema autoridad de la Iglesia y del Estado (1). El derecho de reunirse en sínodos, de discutir y resolver las controversias sobre el dogma y la disciplina, le está vedado

(1) *English Ritual*. The Ordering of Deacons.

absolutamente, y semejante en todo á aquellos cuerpos que se animan obedeciendo la influencia del magnetismo, no puede marchar sino por la senda que le marcan las órdenes de su soberano. En diversas épocas ha hecho tentativas también diversas para conquistar cierta especie de libertad; pero se estrellaron aquellas entónces mas bien contra la division de intereses de sus propios individuos, que contra la oposicion del trono y de su parlamento. Leyendo atentamente los incidentes curiosos que han tenido lugar entre el obispo de Exeter y el arzobispo de Cantorbery (1), no puede quedar alguna duda de esta verdad. Aquel se empeñaba en sostener su derecho para celebrar asambleas ó convenciones eclesiásticas, miéntras el segundo se preparaba para cerrarlas el dia mismo de su apertura, evitando de este modo las discusiones que se proponian entablar algunos miembros del episcopado adictos al puseísmo.

El parlamento ha dicho repetidas veces: « La religion es entre nosotros negocio de Estado, y como tal al gobierno y no al clero compete toda deliberacion sobre el dogma y la disciplina; las convenciones y asambleas diocesanas no tienen por consiguiente objeto alguno. » El primado anglicano piensa hoy del mismo modo que el parlamento, como él piensan también muchos otros de sus cólegas; y desde que aquella decision del parlamento, *la religion es entre nosotros negocio de Estado*, produjo en la conciencia de estos obispos un eco superior á la voz del fundador del cristianismo: « Del mismo modo que mi Padre me envió, yo » envió á vosotros, » las convenciones eclesiásticas murieron, convocándose solamente por fórmula para cerrarse el mismo dia de su apertura. Yo no sé qué nombre pueden dar aquellos *obispos de fundicion real* (2) á esta dependen-

(1) 1853.

(2) Así les llama un individuo del clero protestante, William King. *The politic. and liter. anecdotes.*

cia absoluta de la Iglesia y de sus intereses mas preciosos de la voluntad del poder temporal y de los caprichos mismos de un individuo, á quien léjos de haber sido confiada: «Guardaos de tocarla, le fué dicho, obedecidla, este es vuestro ministerio.»

Ademas, este mismo clero lleva incrustado en su seno un elemento que lo disuelve, y hoy mas visiblemente que jamas; este es la escision. Sin fijeza ni estabilidad en nada, múltiple y anárquico por naturaleza y por principio, el protestantismo no permite al espíritu permanecer en una fe ni sujetarse á una doctrina. *Nuestro simbolo es la Biblia*, dirá con énfasis como el fundador de la reforma; pero celoso al mismo tiempo del libre exámen, permite que cada cual la interprete segun su juicio. Asombra observar la multitud de sistemas religiosos que aparecen cada dia en Inglaterra, dividiendo mas y mas las conciencias de los que se llaman ministros de una misma Iglesia; pero mas asombra todavía que el ateísmo haya penetrado hasta el presbiterio, concluyendo por trasformar en incrédulos á los que el cisma separó ántes de la unidad católica.

Solo hay un paso del protestantismo al indiferentismo, y de este otro aun mas corto al ateísmo, ha dicho un profundo pensador de nuestro siglo; y en el seno del clero anglicano encontramos la triste experiencia de este verdad. Los obispos, tan separados unos de otros como entre sí lo está el resto del clero, ni tienen arbitrios, ni tratan de atajar el cáncer que devora rápidamente su cuerpo jerárquico: el juramento de guardar la fe de los treinta y nueve artículos que se exige á los que van á ser promovidos al presbiterio, es del todo ilusorio, puesto que la restriccion mental destruye la fuerza del juramento, segun el comun sentir de los protestantes; y puesto que, segun ellos mismos, la libertad de pensar en materia de religion ni tiene ni puede tener límites. La diferencia de fe entre el diocesano y el presbítero no se juzga inconveniente para insta-

larle pastor de almas, encomendándole la predicacion de una doctrina que él no juzga verdadera, puesto que disiente esencialmente de la suya. Esto se creará exageracion, pero es realmente lo que pasa: yo podria aducir como comprobantes varios hechos recientes, mas uno solo basta. La reina Victoria presentó para pastor á un individuo que no estimaba como lícito administrar el bautismo sino solamente á los adultos. El obispo de Exeter se negó á instituirle en la parroquia, representando la diferencia de fe que le separaba de aquel *parson*; mas todas sus observaciones fueron inútiles: la reina declaró que *el obispo no tenia derecho para excusarse á obedecer su mandato*. La prensa anglicana se ocupa continuamente de cuestiones semejantes entre los obispos y su clero, y todo el mundo sabe hasta qué punto llegan las dimensiones de esta escision, despues que el puseísmo echa raíces, especialmente entre los mas piadosos y mas ilustrados individuos del clero anglicano.

Algunos juzgaron al puseísmo como un paso que aproxima el protestantismo al centro de la Iglesia universal, ó como el precursor de una reaccion lenta que irá acercando la Inglaterra á la madre comun de los cristianos con quien vive en entredicho. Debe notarse sin embargo que existen diferencias bien esenciales entre el simple puseísmo y las sectas que de él han germinado despues. Pusey no concibió al principio mas que el simple proyecto «de introducir la reforma en la reforma misma, ó de extirpar los numerosos abusos que veía introducidos en el protestantismo.» Segun su doctrina, este dista infinitamente del cristianismo, rechaza dogmas esenciales que forman parte de la fe predicada al mundo por el Redentor, y su disciplina, relajada tambien monstruosamente, necesita que se la restituya su pureza primitiva en las costumbres de los fieles y en los ritos de los oficios.

Algunos de sus sectarios, pasando mas adelante, han incluido en su programa religioso el culto de los Santos y la

observancia del ayuno. El puseísmo ha hecho progresos considerables en la universidad de Oxford, á la que pertenece su fundador; y de sus miembros mas ilustres que lo abrazaron, son no pocos los que han pasado á engrosar las filas del catolicismo. En este sentido, nosotros convenimos en que la doctrina del puseísmo ha puesto en camino á muchos para llegar á palpar los errores del protestantismo, y buscar en el seno de la Iglesia católica la sólida verdad. De todos modos el puseísmo ha sido un fuerte sacudimiento experimentado por el protestantismo, que ha conmovido su edificio religioso, tumbando de paso algunas de las que él miraba como sus mas sólidas columnas. Los espíritus que observan el movimiento y las tendencias de los sucesos manifestaron francamente los recelos que les inspiró la nueva secta desde su principio: ellos hablaron poco mas ó ménos en estos mismos términos, y su juicio no fué aventurado ciertamente; porque el puseísmo es entre el enjambre de sectas que lleva en sus entrañas el protestantismo, la que le ha hecho sentir mas de frente los efectos de su separacion.

Mas, preciso es decirlo, ellos no han sido tales que hayan podido despertar al episcopado anglicano, profundamente dormido en el seno de la opulencia que le proporciona la enorme suma de ocho millones de libras esterlinas (1) á que suben anualmente las rentas de que goza. Él vive hoy sumido en la misma inaccion completa en que vivia ayer, en la misma que le ha caracterizado durante trescientos años que cuenta de vida, y en la misma que le condena á la muerte, cuyos síntomas precursores, aunque lejanos, se dejan percibir ya.

La mision del clero cristiano es enseñar, es dirigir, es derramar el bien; su tipo es la vida del Salvador, que enseñó, aconsejó y pasó, *dejando muestras de su beneficencia*

(1) Cuarenta millones de pesos. (*Estadística del alto clero anglicano.*)

*en todas partes* (1). Ninguno de estos grandes objetos llena el clero protestante en Inglaterra. No la enseñanza que se hace por medio de la predicacion, pues aunque el protestantismo miéntras proclamaba el libre exámen y erigia en tribunal la conciencia privada del individuo, para que allí este discutiese y resolviese lo que deberia creer y profesar, por una de esas inconsecuencias que le son inherentes lanzó á la vez una multitud de predicadores empeñados en hacer recibir como dogmas las opiniones de su propia inspiracion, despotizando de este modo el entendimiento de los demas, que acababa de emancipar, como él decia. Se entregó con ardor á lo que llamaba predicacion evangélica, y sus ministros fueron por eso llamados *evangélicos*. Mas ese ardor, hijo del fanatismo, que sirvió de cuna á la reforma protestante, fué en decadencia á medida que se apartaba de su origen. Hoy los obispos parecen en entredicho con sus cátedras, que deberian ser para ellos el puesto favorito, como lo fueron para los primeros pastores, que son la gloria del cristianismo, y de quienes se dicen sucesores.

El pueblo explica á veces este silencio, atribuyéndolo á falta de ciencia; porque los obispos son elegidos regularmente, no de entre personas que frecuentaron con aprovechamiento los colegios y las universidades, sino de entre individuos de familias influyentes, cuyo único mérito es el favor, y cuyas únicas aptitudes son las mas veces las recomendaciones de la amistad ó del parentesco. Mas, sea cual fuere la causa, el hecho que presencian cuantos asisten á los templos, es que los obispos no predicán á sus fieles la doctrina que á su juicio deben profesar. Los *parsons* ó pastores de las parroquias de las ciudades principales hacen los domingos sus discursos; mas ¿á qué se reducen estos? Cuando su materia no es un tema abstracto en que pueda campear el conocimiento profundo del autor, será otra

(1) *Pertransiit benefaciendo*, etc.

sobre costumbres que se preste fácilmente á pinturas é in-  
vectivas que hagan brillar el fuego del orador. Mas la ins-  
trucción del que vive ignorante de sus deberes como  
hombre, y como hombre cristiano principalmente, la doc-  
trina que enseña á llenar las obligaciones que el cristianis-  
mo hace pesar sobre cada estado de la sociedad, la ense-  
ñanza popular, en fin, no tiene lugar hoy en el púlpito  
protestante. El clero hace aparecer algunas publicaciones  
que ofrece en venta para la instrucción doméstica: yo me  
he procurado algunas de estas, que he examinado con de-  
tención, y hablando con imparcialidad, adolecen del mismo  
defecto que el púlpito á quien sirven de complemento. Son  
calculadas para utilizar, y como el miserable ninguna ga-  
nancia deja que esperar, nada hay escrito en ellas para  
él. La prensa protestante echa en cara con frecuencia á su  
clero este defecto, mas sus gritos no son oídos, porque  
duerme profundamente.

Ménos interviene aun el clero en las escuelas para llenar  
entre los niños los oficios paternales que encomendó con  
tanta preferencia el Salvador, haciendo abrir camino á los  
párvulos entre la multitud, para que llegasen á rodearle (1).  
Prescindiendo de uno que otro que desempeña destinos  
lucrativos en los establecimientos de educación, ni los pár-  
rocos, ni los presbíteros, sus vicarios, ni clérigo alguno se  
deja ver en las escuelas para formar el corazón de los niños  
según las máximas de la religión y de la moral. Á esto de-  
bemos atribuir la ignorancia absoluta de principios reli-  
giosos que reina en la juventud de la clase média é ínfima  
del pueblo. Las memorias presentadas á la junta central de  
educación de Londres por lord Shaftesbury bien manifies-  
tan hasta qué grado llega, así como la ineficacia lamen-  
table de la instrucción religiosa protestante, para levantar  
á aquellas de un estado tal de abandono. Si osara alguno

(1) *Sinite parvulos ad me venire.* (S. Mateo, cap. xix.)

preguntar al pastor el motivo por que se exime de llenar ese  
deber sagrado que pesa sobre la conciencia del sacerdote,  
él responderá: «Verdad es que Dios lo encomendó espe-  
cialmente á los Apóstoles, pero esto fué solo en general, y  
yo cumplo su encargo con enseñar la religión á mis hijos y  
familia; por lo demás, cumpla lo mismo cada cristiano, y  
entonces todos quedarán instruidos en poco tiempo: por lo  
que respecta á los infieles, nuestros misioneros les llevan  
la fe, y esto basta á los que quedamos por acá.» Una excusa  
semejante, vergonzosa demasiadamente, es propia para  
inspirar sentimientos de dolor en el corazón de los protes-  
tantes que conserven alguna chispa de fe, y para cubrir de  
vergüenza y confusión á su clero, en cuyo espíritu se ha  
extinguido totalmente.

Un celoso protestante, empeñado en levantar su secta del  
estado de postración en que yace para todo lo que es útil y  
filantrópico, escribía: «Yo no he visto ni he oído que al-  
guno de nuestros obispos haya fundado ni tenga intención  
de fundar, ni hospicios, ni colegios; todo lo que ha llegado  
á mi noticia haber hecho uno en favor de la educación, es  
exhortar á su clero con energía, en la primera pastoral que  
le dirigió, para que promoviese entre sus feligreses la cir-  
culación de los folletos de cierta Sociedad establecida en  
Londres, á cuya cabeza está *un comerciante de licores*; y  
todas las obras de caridad que he oído de este mismo pre-  
lado es ser vicepresidente de una sociedad que se ha for-  
mado de su propia autoridad con el nombre de *Sociedad  
filantrópica de Hampshire*, cuyo objeto es inclinar á hacer  
entre ellos mismos suscripciones para su socorro y manteni-  
miento recíproco, ó, en otros términos, para excitar á los  
pobres jornaleros á economizar alguna cosa del producto de  
su trabajo para poderse mantener en caso de enfermedad ó  
de vejez, sin tener que recurrir al impuesto de pobres.  
¡Gran Dios! ¿recurrieron jamás á semejante medio para  
socorrer á los pobres Guillermo... y todos los obispos de

Winchester, empezando por el mismo S. Swithin? No por cierto (1). » Y no es este solo el que alzó la voz desde el seno de la comunión anglicana para increpar la negligencia de su clero, no por cierto; los mismos reproches le dirigen diariamente los que él ó deja pasar manifestándose inapercibido, ó si alguna vez ha contestado, es haciendo ostentación de actos de beneficencia, tales por su naturaleza y por sus tendencias como los aducidos en el párrafo de Cobbett copiado mas arriba. « No fué poca desgracia, repetimos con otro protestante, para la causa del cristianismo en Inglaterra la abolicion que hizo del celibato clerical la reforma que nos separó del papismo. Ha sucedido lo que naturalmente era de esperar: desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mujeres y en sus hijos.... Á la munificencia de los obispos célibes debemos casi todas esas magníficas fundaciones que honran nuestras dos mas célebres universidades; mas desde la reforma estos dos grandes emporios de la ciencia cuentan muy pocos bienhechores en el órden episcopal. Nadie deberá admirarse por esto, si piensa en el espíritu que anima á todos estos prelados, que no es por cierto el Espíritu Santo (2). »

Seria quizá exigir demasiado del clero anglicano pedirle obras semejantes á las bien bellas con que la piedad y la generosidad del clero católico de Inglaterra alzó en su patria tantos y tan magníficos monumentos, que hasta hoy admiramos en universidades, colegios, hospitales, asilos para huérfanos y casas de refugio para ancianos menesterosos; mas es indisputable que la religion y la sociedad tienen derecho para pedirle al ménos compense con su laboriosidad y anhelo por socorrer al pobre, por aliviar al que sufre, y por consolar al menesteroso lo que le falta de fervor para acometer obras propias de otro corazon y de otro genio que

(1) *History of the protestant reformation.* (Cobbett.)

(2) Rev. Dr King.

está él muy distante de poseer. Pero aun en este mismo sentido el clero anglicano nada hace absolutamente en beneficio de esa parte desgraciada de la sociedad. No queremos ni por un momento dar oídos á las inculpaciones que con frecuencia hace á los párrocos anglicanos su propia prensa, acusándoles de convertir en beneficio propio las erogaciones hechas en favor de los pobres, las rentas destinadas para los asilos de caridad en que ellos intervienen, y las ofrendas voluntarias que alguna vez se les entregan para socorrer á domicilio á los menesterosos. No sabemos hasta qué punto sean ó no ciertas semejantes inculpaciones, y por lo mismo no las suscribiremos. Si nos consta el clamor universal que se levanta contra este clero, acusándole de abandonar las ocupaciones que ceden en beneficio del pobre; si nos consta que á él no se le ve en los asilos de caridad, mitigando con espirituales consuelos los sufrimientos corporales, y nos consta tambien que él, así como la sociedad en que ejerce el sacerdocio, han muerto para todo lo que es beneficencia y caridad cristiana. — En un solo caso lo vemos agitarse y hacer resonar las bóvedas de sus templos y los salones de los *meetings* con gritos propios del furioso mas bien que del ministro de la religion: es cuando se trata algo que concierne al catolicismo. Entónces correrán ellos de casa en casa perorando contra los avances del papismo, plagarán los diarios con artículos llenos de esa exaltacion fanática que les caracteriza, elevarán al gobierno peticiones en que lamentan una tolerancia que arruina la religion nacional, repetirán estos mismos lamentos entre los obreros y demas clases ignorantes de la sociedad, y concluirán, en fin, azuzando á la plebe para que se abandone á excesos tales como los que cometió en 1850, quemando con la efigie del cardenal Wiseman las de Jesus y de María. Los esfuerzos de ese clero, que con demostraciones semejantes quiso dar popularidad al *bill* de sir John Russell contra la jerarquía católica son estériles, como lo son regularmente los de todo el

que sostiene una mala causa. ¡ Ved ahí cómo la única acción vital del clero anglicano es para enseñarnos la intolerancia que él echa en cara á los católicos !!!

¿ Y cuál es entónces la ocupacion de este clero que abandona el puesto que le señala la mision que él asegura habersele confiado? ¿ De ese clero, repetimos, que léjos de afrontar los trabajos de su ministerio, manifiesta olvidarlos hasta el desprecio? Nos responderán sus defensores poniéndonos á la vista la Sociedad bíblica y el catálogo de las conversiones que, como otras tantas victorias alcanzadas sobre el corazón y la conciencia católica, cuenta cada año el protestantismo en Inglaterra y en Irlanda. ¿ Y qué dicen aquellas memorias? Que la mayoría de los miembros de su *comité* se compone de seglares; que su presidencia está confiada á un seglar (1), y que los nombres del primado de Cantorbery, como los de otros obispos anglicanos, no figuran sino en puestos inferiores, mezclados con los de personas que, sin embargo de ser también seglares, están llamadas á acordar con ellos en materias que debieran ser exclusivamente de su conocimiento. Por lo demas, allí se leen los trabajos de los misioneros que distribuyen Biblias en las plazas mas mercantiles de las cinco partes del mundo, *con el gasto enorme de cerca de doscientas mil libras esterlinas*, distribuidas entre publicaciones de Biblias, misioneros y empleados de la Sociedad (2). Imparcialmente hablando, nada mas se encuentra en la memoria anual de la Sociedad bíblica de Lóndres. Cada uno de los misioneros hace largos relatos de la manera con que llegaron al punto destinado los cientos de ejemplares del Antiguo y Nuevo Testamento mandados por la Sociedad, y del número á que ascienden los vendidos y los dados gratuitamente hasta la fecha. Pocos son los que no aparecen triunfando de grandes dificultades que le

(1) Al conde de Shaftesbury.

(2) *The forty ninth raport of the Byble Society*. London, 1853.

suscitaran creencias extranjeras; mas raros aun los que no cuentan á la fecha prosélitos numerosos, y casi todos han dejado burlados los planes del *archienemigo de las almas*, como se les antoja llamar á la Iglesia católica. Yo he leído estos informes despues de recorrer gran parte de los mismos países á que ellos se refieren, y debo confesar que su lectura me prueba solamente que la verdad es sacrificada con frecuencia al interes y al amor propio. ¿ Dónde se esconde el espíritu cristiano que la Sagrada Escritura excita, así en las riberas del Danubio como en las costas del mar Negro, así en el Asia Menor como en las márgenes del Nilo y en las regiones abrasadas de la Etiopia, de la Arabia y del Egipto? Ni en estos ni en otros países á que aluden las notas que publica la Sociedad bíblica he encontrado organizadas mas comuniones cristianas que la católica y la griega oriental: si el protestantismo asoma alguna vez su cabeza por aquellos remotos países, es como aquella ave á quien nadie conoce por ser muy rara, y de cuyas propiedades ménos podría alguno dar noticia á los demas. Las conversiones reales, aquellas de que nadie podrá dudar, y que el protestantismo anglicano ha anunciado en todo el mundo como la mas espléndida de sus modernas victorias, son cabalmente las que le cubren de ignominia, y que deberia ocultar con diligencia por su propio honor.

Achili, perseguido por sus vicios ántes de ser apóstata, y encerrado en los calabozos de Roma, de donde le arrancó la mano de la revolucion para que viniera á engrosar las filas del protestantismo, ¡ ved ahí un fervoroso convertido que busca la seguridad de su conciencia en el seno de la comunión anglicana! ¡ ved ahí un traidor del que él mismo podrá respondernos si le honra! Gavazzi, Ciocci, y algunos otros revolucionarios de Italia, ved los demas... La historia de la revolucion de Roma, escrita por plumas imparciales, nos consigna los verdaderos motivos que han influido sobre estos para tomar tal resolucio. ¡ Como si la religion tuviese

relacion con la política, ó si la fe se adhiriese mas al sistema monárquico que al republicano ! ; Como si la Iglesia católica no estuviese obligada siempre á purificar con el castigo el crimen de sus miembros, y especialmente cuando mancha al ministro del Santuario ! Nosotros repetiremos la opinion emitida respecto á estas conversiones por un escritor inglés :  
 « Debemos confesar con franqueza que nuestros compatriotas anglicanos nos colocan en una posicion difícil cuando hablan de conversiones obradas por ellos entre personas de algun rango en la sociedad. Si la conducta de estos individuos que alistan y hacen maniobrar sobre los tablados de Exeter-Hall no fuese mas que medianamente inmoral, no nos veriamos en tanto embarazo para hablar ; mas sus desórdenes son tan monstruosos y tan repugnantes que preferimos mas bien guardar un silencio absoluto.... Tales son los convertidos de que se gloria el protestantismo, tales los que opone á los nombres ilustres de Newman, Spencer, Thyner, Manning y tantos otros que de dia en dia abandonan el pendon de la reforma para abrazar la religion católica. Á nombres conocidos y honrados desde muy atras en todas partes se oponen los de oscuros fanáticos que el catolicismo arroja de su seno, y al frente de hombres que eran la gloria de la Iglesia anglicana, que les vió con dolor dejar su bandera, se colocan personas viciosas á quienes evita todo individuo protestante ó católico con el mismo cuidado que al reptil ponzoñoso. »

Mas vengamos ahora á ver las consecuencias de esta inaccion ; ellas se dejan sentir bien en todos los escalones sociales de Inglaterra, haciendo experimentar un triste desengaño á quien las observa desde cerca.

---

### CAPÍTULO XIII.

En la conciencia del pueblo no existe el elemento salvador. — La religion de los grandes. — La fe de los ricos. — Una reflexion que desconsuela. — La beneficencia en Inglaterra. — Diferencia esencial que existe entre esta y la que practica el catolicismo. — Una impresion en el hospital de San Bartolomé. — La condicion del pueblo son la ignorancia y la miseria. — Consecuencias. — Crímenes.

Entremos ahora á examinar la sociedad, é indaguemos si en la conciencia del pueblo inglés vive realmente ese elemento salvador que han creido divisar algunos protestantes. Existe en nosotros un resorte que influye de una manera eficaz sobre nuestras tendencias y sobre nuestros actos. Este resorte es la conciencia. Una de dos cosas sucede siempre en el hombre : ú obedece las inspiraciones de su conciencia, ó la voz imperiosa de su pasion : si lo primero, su marcha es firme é igual, porque obrando se somete á una inspiracion interior que le dirige sin violencia ; mas no sucede así en el otro caso : el hombre obra entónces sometido á un sentimiento pasajero, que cambiará del mismo modo que se mudan los intereses que lo dispiertan. La conciencia no se forma por sí sola ; hay un elemento sobrenatural y eterno destinado á dirigirla, y sin el cual no será mas que el juguete de sus pasiones, como lo es la barquilla sin timon de los vientos encontrados en el seno inmenso del Océano : aquel elemento es la religion, elemento único que tiene accion directa sobre la conciencia, único que posee la fuerza necesaria para dirigirla y moderarla en todas las circunstancias de la vida, y único que, influyendo di-